

**V**

**BALANCE Y REFLEXIONES FINALES**

Las elecciones generales del 14 de abril culminaron, como ya se ha dicho, exitosamente. El 28 de julio, aniversario de la independencia nacional, el Presidente Fernando Belunde Terry fue al Congreso, por última vez, como Presidente Constitucional, a leer su mensaje. Más tarde, ingresó al mismo recinto el nuevo Presidente Constitucional, Alan García Pérez, para asumir el mando, por un período de cinco años (1985 - 1990). El proceso había terminado, y la democracia continuaba. ¿Qué reflexiones caba hacer sobre lo ocurrido en estos meses, a la luz de los resultados obtenidos?

\*\*\*\*\*

Antes que nada mencionar la ejemplaridad del proceso electoral peruano, que significó la limpia transferencia democrática de un presidente constitucionalmente elegido a otro que lo era de igual manera. De esta suerte, después de cinco años, quedaba la democracia afirmada. Mejor aún, la democracia política, por cuanto la democracia social, aquella en la cual cada uno se siente a gusto dentro del sistema, es algo que todavía no ha llegado, y que seguramente tardará mucho (si es que antes no termina por erosionar a la primera). Todo el proceso estuvo signado por la buena voluntad y el deseo de los electores de coadyuvar a esta transferencia. Incluso los típicamente abstencionistas, es decir, los que al momento de depositar su voto no lo hacen por ninguno de los candidatos, no pasaron del 6.5%. El margen de los que no concurrieron a las urnas llegó al 8.8%, porcentaje muy inferior a todos los procesos electorales de los últimos años. Este porcentaje de ausentes, es más meritorio si se tiene en cuenta que desde hace años el orden interno de la república se siente alterado -en mayor o menor grado, según las zonas- por la presencia de un terrorismo demencial, que hizo todo lo posible por detener este proceso, de boicotearlo o eventualmente hacer lo imposible. No sólo no llegó esto a ocurrir, sino que ni siquiera contó con el apoyo de la población, como lo demuestran las estadísticas hasta ahora publicadas.

Desde el punto de vista político, los resultados fueron iguales a los de 1980, y contribuyen a reforzar el sistema: el ganador (esto es, la fórmula del APRA), alcanzó no sólo la Presidencia de la República, sino la mayoría necesaria para controlar las Cámaras. De esta suerte, el nuevo gobierno no tendrá problemas -si es que se lo propone- en orientar la acción del Parlamento en apoyo de sus planes de gobierno.

En lo referente a los resultados mismos, no deja de ser interesante el triunfo arrollador del Partido Aprista, muerto ya su fundador Víctor Raúl Haya de la Torre, con un acceso intachable al poder después de más de cincuenta años de dificultades para llegar a él. ¿Cuáles son las razones para que la fórmula aprista haya tenido un avance meteórico que ha superado todos los porcentajes de los últimos años?

Para entenderlo, es necesario tener en cuenta cual era el previo ambiente político existente en el país al momento de las elecciones, y por cierto, lo que sucedía dentro del Partido Aprista.

Antes que nada, recordar que la victoria del APRA ha sido precisamente cuando Haya ya no existe; ¿no sería Víctor Raúl un obstáculo para la victoria de su partido? Quizá le cupo a Haya el papel protagónico de ser el fundador de un gran partido, el creador de una filosofía política interesante e inédita, el precursor de ideas germinales, pero no el estadista que el país necesitaba. Una cosa es ser revolucionario o ideólogo; otra muy distinta es ser estadista. Laski fue ideólogo pero no hubiera sido estadista; Lenin fue gran revolucionario, como ideólogo fue Trosky, pero el gran estadista fue Stalin (no empece sus excesos ya por todos conocidos). Por lo demás, si fue genial en sus grandes enunciados, Haya fue en la vida política diaria muy poco acertado; prósbita, veía muy bien de lejos, pero mal de cerca. Si a eso añadimos los enemigos que cultivó simultáneamente desde el inicio de su carrera política, y la intransigencia que demostró desde sus inicios (**sólo el Apra salvará al Perú**), se explica porqué todas las fuerzas a consuno, a partir de los años cuarenta, se esmeraron en cerrarle las puertas que le conducían al poder. En los últimos años, Haya se esmeró en demostrar que había cambiado, pero cuando todos se dieron cuenta del cambio, ya era muy tarde. Cual nuevo Moisés, moría antes de ingresar a la tierra prometida.

Al desaparecer Haya (2 de agosto de 1979), se inicia un período de reajustes; la generación de Haya, y la que le sigue, es eliminada del espectro político y es remplazada por la joven figura de Alan García Pérez, que representa la jubilación de los **viejos** en el juego de la política. García, sin dejar de ser aprista, ofrece un mensaje que es la negación del APRA: amplio, tolerante, pluriclasista; su **compromiso es con todos los peruanos**. Deja de lado el tradicional y hoy innecesario sectarismo aprista y da una imagen de serenidad y esperanza al electorado. Así, al tradicional tercio aprista (tesis de Chirinos Soto que es válida con ciertos matices), añade en las elecciones del 85 un 16% de voto flotante.

Al APRA también le ayudó la situación de coyuntura que vivió el electorado, pues se presentaba como la carta menos **temible** del espectro electoral. En efecto, por un lado se encontraban las diversas agrupaciones marxistas agrupadas en Izquierda Unida (IU), desigual y heterogéneo conjunto partidario, unido por un arte del destino y gracias a la habilidad de su candidato Alfonso Barrantes Lingán, pero sin mayor poder de atracción más allá del tradicional 25% o 30%, que siempre tuvo en el país las fuerzas radicales. Por otro lado, estaba la Convergencia Democrática (Partido Popular Cristiano y Movimiento de Bases Hayistas más Independientes) encabezada por Luis Bedoya Reyes, que por su imagen urbana y capitalina, y su desgaste por su colaboración con el régimen saliente, tampoco servía para aglutinar fuerzas. El resto de tiendas políticas inscritas en la contienda no significaban una alternativa política válida.

\*\*\*\*\*

Importante para el análisis es situar al partido gobiernista, Acción Popular (AP), fundado por Fernando Belaunde, y en el poder al momento de las elecciones, y que participó en la contienda con la fórmula presidida por Javier Alva Orlandini, político de vasta trayectoria. Como se ha visto en los cuadros, con la candidatura de Alva, Acción Popular baja a un nivel microscópico, sin precedentes. ¿A qué se debe esta derrota? ¿Es que acaso el partido fundado por Fernando Belaunde Terry merecía esta suerte? Son varios los factores que cabe tener presente para explicarlo (aparte de la inidoneidad de su candidato). Y esto puede resumirse en el fracaso -lamentable por cierto- de la segunda administración belaundista. La primera (1963 - 1968) fue, es verdad, un intento frustrado, pero el electorado lo comprendió, pues hubo razones que lo explicaban con largueza (sobre todo el obstruccionismo de la coalición APRA-UNO); pero en su segunda administración no careció de nada. Con mayoría absoluta en las Cámaras, con el pleno respaldo de las Fuerzas Armadas así como de la opinión pública, nada le faltó para ser el excelente gobernante a que lo destinaban sus cualidades personales e intelectuales. De acrisolada honestidad, alejado de los ajetreos de la política menuda, orador extraordinario y conductor de multitudes, Belaunde se dedicó en su segundo gobierno a la tarea casi exclusiva de durar hasta 1985, alternándola con gigantesca obra física. Como si estuviésemos en pleno siglo XIX, creyó que gobernar era construir. No tuvo sensibilidad para intuir los cambios de la hora presente, menos para escuchar los reclamos de la opinión pública o darse cuenta de los fracasos económicos de su administración; o de la falta de autoridad en el frente

interno (por no hablar de otro tipo de indecisiones, como la que existió en el área internacional, en donde la política de la Cancillería estuvo al garete). A su favor, están sin duda, su respeto a las libertades públicas, a los fueros de los demás Poderes del Estado y órganos constitucionales, al im ulso (aun cuando tardío) al aparato productivo nacional. Pero todo esto siendo importante, no basta. El electorado fue conciente de este desorden institucional existente en el quinquenio precedente (1980 - 1985), y por eso buscó otras alternativas.

En lo referente al Partido Popular Cristiano (PPC) tuvo una sensible baja en su electorado, lo que demuestra que su candidato no ha logrado todavía calar en el corazón de las multitudes (tiene una imagen demasiado almidonada ante el público) y menos aún superar la fama de derechista que le han lanzado las demás fuerzas políticas (en un momento en que la derecha no está bien vista). Pero quizá lo más importante que ha contribuido a bajar la participación del PPC y sus aliados (los que se inscribieron bajo el rótulo de Convergencia Democrática o CONDE) es su participación en la administración belaudista, de la cual por más intentos que hicieron, no lograron independizarse. Esto merece una explicación: recién elegido, en 1980, Belaunde llama a los demás partidos para formar un gobierno de unidad nacional; sólo el Partido Popular Cristiano responde al llamado, el cual ciertamente era necesario, pues de esta manera el partido gobiernista podía completar su escasa mayoría en el Senado.

Como contrapartida, al PPC le ofrecen dos carteras: Industria y Justicia. Este apoyo dura cuatro años, y trajo además otros beneficios: participación en la burocracia, la alta y la baja (entre aquellos que son visibles). Pero esta colaboración para defender la democracia, como la han llamado sus voceros, fue en realidad demasiado generosa e interesada. Para defender la democracia era suficiente prestar un discreto apoyo parlamentario, y dejar que el partido ganador dirigiera la política general del Estado. Afianzar el sistema democrático no significaba ocupar cargos de Asesor o Director de empresas estatales, ni menos aun copar dos Ministerios. En realidad, se trató de un apoyo muy exigente, y eso fue vislumbrado por el electorado, quien al final, en lugar de ver en el PPC un soporte del sistema democrático, vió al aliado de un régimen deteriorado y en parte responsable de la inanición en que se vivía.

Si el PPC, tan bien dotado de cuadros profesionales y técnicos, quiere tener un mejor futuro, tendrá que cambiar de estrategia, y quizá hasta de líderes (como en su momento lo hizo el APRA).

La Izquierda Unida es un caso muy especial, pues representa la inserción del marxismo -en todas sus gamas- en el electorado peruano. En conjunto, ha bajado considerablemente desde 1978 (época de la Asamblea Constituyente), pero mantiene con oscilaciones, un 25% que no es nada desdeñable. Me atrevo a pensar que esto es posible gracias a la figura carismática de Alfonso Barrantes. Pero a su interior existe todavía una curiosa variopinta que hace peligrar su unidad. Por otro lado, el fenómeno terrorista les ha hecho enorme daño, no obstante los esfuerzos realizados para distanciarse de aquel y repudiar sus métodos (de hecho, Sendero Luminoso ha colocado a Izquierda Unida a la derecha de la izquierda). Pero todavía IU se encuentra inmadura; sus líderes disputan entre sí jirones de supuestos botines; la misma ideología se encuentra embrionaria y cuestionada, y su imagen de país es todavía pobre y vacilante, sujeta a cartabones que en otros lugares ni siquiera se mencionan. Con todo, la izquierda en general (unida o desunida), tiene mucho que decir en el futuro, sobre todo si no abjura de la democracia y de sus métodos.

En cuanto a las demás fuerzas políticas, ellas como hemos visto, no alcanzaron un nivel electoral que amerite un comentario adicional. En términos generales, las elecciones dieron un rotundo mentís al gobierno saliente (Acción Popular), y a su colaborador por cuatro años: el PPC. En total, existe un rechazo a la derecha, representada por Acción Popular y el PPC, y una inclinación a un populismo centrista (APRA) y a posiciones de izquierda (Izquierda Unida), cercanos ambos al 80%. No pensemos sin embargo que toda alternativa de derecha ha quedado descartada para un próximo futuro. Se piensa que la derecha representa tan sólo a la banca y al gran capital: gran error. La derecha es sobre todo una cosmovisión política y más aún, un estado de ánimo. En este sentido, no puede afirmarse, sin más, su deceso histórico.